

14 febrero 2020

¡Buenos días, querida! 

Me he despertado con dos audios hermosos contando experiencias, y he querido aprovechar mi momento-ritual (con mi infusión de jengibre, limón y cardamomo) para contarte también cosas bellas y sanadoras. Te imagino leyendo esta carta frente a un mar tranquilo y de un azul que solo existe en la naturaleza, o frente a una selva densa y húmeda, llena de deseo, o quizás en el rancho del que habla Car. No sé, te imagino leyéndome sobre todo plena, buscando la completitud en ti misma, como siempre.

Un día te escribiré sobre Camerún y sobre el verde y el rojo. Sobre el polvo rojo y las plataneras, los problemas del transporte, mi colibrí enseñando sus tierras y mamá aprendiendo a viajar con dos aventureras como somos. Un día, cuando tenga valor para ponerle cuerpo a ese portal que se me abrió al comenzar este año mágico, abriré el diario y escribiré cartas para volver allí cuando lo necesite. También te contaré cómo va mi proyecto de libro, ya me imagino en el desierto escribiendo y creando, volviendo a mí.

Pero hoy quiero escribirte sobre cómo, de nuevo, una mujer de ojos claros y voz dulce me ayudó a escuchar en mí las respuestas que mi alma necesitaba en este momento. Carmen es compañera de trabajo de Lucía. Hace poco, tomándose un café, ella le contó que había aprendido a hacer y guiar regresiones a vidas pasadas -realmente no sé cuál es la diferencia entre regresiones y apertura de registros akáshicos, así que estaré encantada de leerla si sabes explicármela-. Yo ya había escuchado de estos temas. Recuerdo el día que nos contaste que estabas aprendiendo a abrir los registros akáshicos y que podrías probar con nosotras como cobayas, quise hacerlo en ese mismo momento, pero luego se desvaneció. Cuando Carmen lo comentó, Lucía le dijo que sin duda lo haríamos. Últimamente estamos haciendo muchas cosas diferentes para conocernos, para conocer nuestro cuerpo y nuestro espíritu: esto no podía quedar fuera.

Carmen hace estas sesiones como extra a su trabajo de enfermera. También trabaja con cristaloterapia, terapias de sanación, reiki. Es una verdadera Maestra. No tiene ningún lugar concreto para estas sesiones, por lo que me pidió si podía ser en mi casa. Me dijo que tenía que limpiarla energéticamente. En esta casa han pasado demasiadas cosas, siento que a veces hay una energía pesada que no me deja avanzar en la dirección que deseo. Por eso también necesito irme, para dar pasos seguros y firmes.

Esa mañana abrí las ventanas de toda la casa para crear corriente, sentí que las malas energías que a veces se quedan pegadas en las paredes, salían volando y quedaba todo fresco. Coloqué vasos con agua, sal y clavo de olor en todas las habitaciones para que absorbieran lo oscuro. Rocié con agua florida de armonía los marcos de puertas y ventanas. Pasé el incienso de mirra y después el palo santo. Recogí, limpié y barrí. La casa era otra. Siento que cuando limpio a fondo, también me estoy limpiando a mí. Me sentí ligera y más volátil.

Cuando Carmen llegó, nos preguntó por qué habíamos decidido llamarla y hacer esa terapia. Solo supe decirle que es la curiosidad de saber qué estaba haciendo en otras vidas para comprender algunas de cosas de esta. Eso le sirvió.

Fuimos a mi habitación, encendimos una vela en la zona del amor y prendimos el incienso. Me tumbé en la cama y ella empezó a guiarme hacia una relajación profunda. Sentí como todos los músculos de mi cuerpo se relajaban y se fundían con el colchón. Después me invitó a imaginarme un rayo de luz potente que entraba por mi cabeza y otro que entraba por mis pies para sanarme todo el cuerpo. Toda yo era luz. Me situó en un salón luminoso, lleno de cristaleras con vistas a un jardín hermoso. Al final del salón había unas escaleras de caracol: las bajé lento, me llevaron al jardín. Todo era verde, lleno de flores, con un río que me calmaba. Anduve descalza por allí hasta que encontré un lugar donde me sentía cómoda, allí me senté y respiré. Cuando sentí aquel jardín como mi propia alma, me levanté y caminé unos pasos: vi un arco y lo crucé.

Carmen me preguntó qué veía al mirarme los pies. Miré mis pies, los vi sin el tatuaje del pie izquierdo, más pequeños, con una piel luminosa y oscura, pisando selva. No supe qué contestar, no me creía nada de lo que estaba viendo. Me dijo: 'Lo que es, es. Confía'. Entonces me relajé todavía más, solté el juicio y empecé a decirle en voz alta todo lo que veía y sentía a mi alrededor. Mis pies

eran oscuros, estaban descalzos sobre un conjunto de tierra, raíces y hojas. Mi cuerpo estaba desnudo, tenía la piel joven y oscura, mi pelo era negro liso y largo -como el tuyo exactamente- y estaba recogido por la frente con una diadema de ramas y flores. Tenía un collar con una piedra blanca y grande. Mis manos estaban pintadas con unas rayas rojas. A mi alrededor había personas que andaban en una dirección, también desnudas y descalzas, también con piel oscura. Carmen me dijo que les preguntara a dónde íbamos, pero parecían muy concentradas, nadie me respondió. Caminé con ellas y por fin llegamos a un fuego enorme. Nos colocamos alrededor de ese fuego que estaba iluminándolo y calentándolo todo, la selva nos rodeaba, era densa -como la que me imagino que ves cuando me lees ahora mismo-. Había un hombre dirigiendo la ceremonia y una mujer a su lado. Eran ancianas. Ella cogió un cesto y fue dándonos a todas pétalos y semillas. Me miró a los ojos y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Sentí que conocía a esa mujer, que ya me había hablado en sueños o en alguna canalización cuando los Maestros me dicen que tengo que volver a la selva. Sonaban los tambores y los cantos. Yo me sentía cómoda en ese grupo, pertenecía a esa comunidad y a esa selva. Me habría quedado para siempre. Sentí que era la primera vez que realizaba este ritual, todavía estaba aprendiendo. Los colibríes volaban a mi alrededor y eso me daba calma. Había niños corriendo, pero no eran míos. Carmen me preguntó que si sabía dónde estaba. No lo sabía, por lo que le pregunté a las personas de la ceremonia: 'en la selva, me dijeron', pero no pudieron especificar continente ni país. Ella dijo entonces: 'voy a decir continentes y países para ver si alguno te vibra'. Lo primero que dijo: Latinoamérica. Amiga, hubo un terremoto en mi pecho. Sentí como si toda mi existencia se hubiera reducido a ese instante. Era allí, no tenía duda. Después dijo otros continentes como África y Oceanía, pero ahí no sentí nada. Era Latinoamérica. Después dijo Brasil, Amazonía, Perú, Chile, Argentina. Solamente Perú y la Amazonía vibraron algo, pero nada parecido al terremoto anterior. Por último, me invitó a preguntar a mis Maestros o a las personas que estaban conmigo en el ritual por qué estaba viendo esa vida y en ese momento, qué me tenía que enseñar aquello a mi vida actual. Le pregunté a un chico que tenía al lado, también joven, también desnudo; me dijo: 'tienes que volver para que no se pierda esto'.

Carmen me dirigió de nuevo al jardín. Me costó mucho desapegarme de esa selva y ese fuego, eran imanes, yo quería quedarme, pertenecer, aprender y sanar. Ya estando en el jardín, me volví a sentar en mi lugar, mirando al río para que me devolviera a mí.

Pocos segundos después me invitó a levantarme y cruzar de nuevo un arco. Otra vez: 'mírate los pies, ¿qué ves?' Ahora si estaba claro: mis pies tenían unos zapatos de tacón negros cubiertos por una falda de color granate y situados sobre una calle de adoquines. Seguí mirándome el cuerpo: vestía una camisa blanca y algo parecido a una tela me cubría el pelo. Miré a mi alrededor: me encontraba en una ciudad antigua, del S XVI-XVII, con edificios hermosos, antiguos, no muy altos. Praga o París podrían ser. Había un río y cerca de su orilla se abría una pequeña plaza donde había un mercado. Vendían sobre todo pescado. María, sentí la humedad del río y el hedor del pesado podrido y de las alcantarillas rebosantes de aguas sucias! De pronto reparé en que tenía una bebé en un brazo y un niño de unos seis años dándome la otra mano. Estaba incómoda, quería salir de allí con ellos. Huir. Alguien me estaba persiguiendo. Carmen me preguntó a qué me dedicaba. A veces vendía en ese mercado y otras veces limpiaba. Ella insistió: ¿por qué me perseguían? ¿qué había hecho para que me persiguieran? ¿qué pasaría si me encontraban? Le pregunté todo eso al niño, me dijo que me perseguían porque tenía conocimientos sobre piedras y plantas, que si me encontraban me matarían. Le miré a los ojos y me recordaron a los de Inés, tan oscuros y profundos, tan sinceros. Él se llamaba Ángel, la bebé Sara y yo Elisa. Yo era una bruja que huía de los hombres malos, solamente quería salvarme y salvar a mis dos hijos; no ser quemada en la hoguera. Estaba incómoda y quería salir de allí. Carmen me sacó al sentir mi incomodidad, volví al jardín, subí las escaleras de caracol. Ya estaba en el salón luminoso de nuevo, todo era silencio. Poco a poco me sacó también de la relajación profunda con sus palabras dulces, pasó el palo de incienso por mi cuerpo y comenzó a hablarme mientras yo todavía tenía los ojos cerrados. Me dijo que era muy importante la información que había obtenido con esta regresión: en ambas vidas era mujer y estaba relacionada con la magia y lo espiritual, lo que me dice que he venido a esta vida a sanar y a recordar los conocimientos que ya adquirí.

Creo que es una de las experiencias más reales y a la vez intangibles que he tenido nunca, elijo creérmela y trabajar en mí a partir de ella. Estoy feliz de poder compartirla contigo.

Ahora escíbeme de ti -como escribe Pizarnik-. Háblame de tu regresión, de la magia que te acecha y de tu otra vida como bruja. ¿Quizás estuvimos juntas en esa ciudad europea huyendo de los hombres malos? ¿Quizás el pelo que ahora te crece fue mío en otra vida? ¡Qué emocionante y qué real! Escríbemelo todo cuando salga y quieras ponerle cuerpo, estaré encantada -como siempre- de leerte.

Pronto me voy al desierto. Aprenderé a construir con lo que nos da la tierra para poder hacer proyectos en el valle, cuenta con ello.  
Disfruta y escribe mucho. Nos leemos pronto.

¡Te abrazo mucho y fuerte amiga, te quiero!

Gracias por estar al otro lado.  
Con amor,

Lau.

